

Over

Ramón Marrero Arísty

Con amplio estudio de José Enrique García

SERIE ROJA



Título original: *Over*
de RAMÓN MARRERO ARISTY

© De esta edición:
2011, Santillana
Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue
Santo Domingo, República Dominicana
Teléfono 809-682-1382
Fax 809-689-1022

Las sedes del Grupo Santillana son:

Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile,
Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Guatemala,
Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal,
Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

ISBN: 978-9945-19-635-1
Registro legal: 58-347
Impreso en República Dominicana

© Ilustración de portada: Edward Reyes

Cuarta reimpresión: abril de 2016
Quinta reimpresión: junio de 2018

Todos los derechos reservados. Esta publicación
no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada ni transmitida por un sistema de
recuperación de información, en ninguna forma
ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico,
electrónico, magnético, electroóptico, por
fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso
previo escrito de la editorial.

Over

Índice

Primera parte

I	11
II	23
III	35
IV	55
V	83
VI	101

Segunda parte

I	117
II	127
III	135
IV	143
V	153
VI	163
VII	181

Tercera parte

I	195
II	213
III	225

<i>Over: Una novela que no envejece.....</i>	239
--	-----



Primera parte

I

Heme aquí en una calle de mi pueblo. Por ella he transitado desde mi niñez, y todo esto tan familiar, tan amable ordinariamente, de repente se me ha tornado extraño.

¿Extraño? He dicho bien. Todo ha cambiado para mí; y sin embargo, estas casas son las mismas de ayer, y las personas que ahora veo, las mismas que me han visto crecer. He ahí al obeso señor Almánzar. Cuando yo nací era regidor del Ayuntamiento y aún lo es. Allí se abanica su brillantísima calva don Justo Morales, prestamista durante toda su vida y presidente del Club; alcanzo a ver dormitando la siesta en la acera de su casa, sentado en cómoda mecedora, al ventrudo señor Salustio, siempre enfermo del hígado y quejumbroso de su situación. Y me palpo y soy el mismo. Como el primer día me sigo llamando Daniel Comprés, o mejor dicho: Daniel, que es como me llaman todos. Y sin embargo, he de reconocer que todo esto que me rodea, visto por mí a cada amanecer hasta hacerme hombre, se ha tornado hoy en algo que me repele; y una gran sensación de soledad se ha adueñado de todo mi ser.

Es indudable, hoy no es ayer ni mañana será hoy. Esta lógica sencilla, pero irrefutable e inmodifi-

cable existe, es palpable. Aquí estoy solo. ¡No lo puedo dudar! ¿No me lo justifican las últimas palabras de mi padre? Lo dijo bien claro. Me parece oírlo. Lo oiré siempre:

—No deseo que turbes más mi paz. Molestas a mi mujer, me molestas a mí; eres una sanguijuela que pretende chuparme la sangre. ¡Vete!

Sí. Eso fue lo que dijo. Y mientras sus duras palabras me pegaban en el rostro, mi madrastra, con cara de Mefistófeles, sonreía desde una puerta.

Y si no fuera por el hambre que me atormenta, creería que todo fue un sueño, pero ¡demonios! aquella repleta mesa se perdió para siempre...

Mas, pienso a renglón seguido: ¿es esto para un hombre joven?

Sí y no; o mejor dicho: no y sí.

No, porque siendo joven, natural es que se tengan fuerzas, mucho orgullo y un aspecto agradable, por todo lo cual no se puede dudar que se es dueño de la vida. Sí, porque si se tiene orgullo no se pide, y hoy nadie ofrece; porque si se busca trabajo no se halla, y además, porque en este pueblo cualquier extraño les roba el alma a todos, y para con los que conocemos nadie es aquel “noble y hospitalario dominicano” que aparece en las crónicas y que, según afirman, existe en el Cibao.

El Cibao, ¡ah, el Cibao! Pero esa rica región está a muchos kilómetros de aquí; endiablados kilómetros de carretera gris, quemada por este sol tropical, que es ideal, cantado por los poetas, pero terrible cuando se le soporta de lleno.

Si yo tuviera aquella lámpara de Aladino en mis manos para frotarla: ¡zis!... Y se abriría para mí

el alma de algún *mister* del central azucarero, o me caería del cielo una buena mesa con algún lechoncito ricamente asado, y platos de ensaladas, y pan dorado, y... ¡ay! ¿Para qué soñar?

Cierto es que frente a mí está el central de avenidas hermosas y casitas de ensueño, pero solo ofrece su “tiempo muerto” como un portazo a todo el que solicite trabajo.

Pero, ¿se debe perder la calma porque su padre le haya dicho a uno cosas como sanguijuela, y luego faltara poco para que le despidiera a la francesa?

Pensemos en ello.

Es innegable que hoy no se tiene un centavo, que se está solo en el mundo —aun en este pueblo donde se ha criado uno—, que ya los compañeritos de los dulces días de la infancia no aparecen. Unos son señores licenciados, doctores, o simplemente grandes propietarios; otros, herederos afortunados, por designios del destino o de la vida, ¡la vida! Ella nos junta en la escuela cuando somos inocentes, y allí llegamos a la intimidad, practicamos la camaradería. ¡Se necesitaría ser niño corrompido para tener noción de superioridad social en esa época! Pero después... ¡Oh, las cosas cambian! Cada uno coge su rumbo. Unos nacieron para esto y otros para aquello. Estos tienen dinero y aquellos no. Cada cual toma su senda, este hacia arriba, aquel hacia abajo; quien se va metido en un cajón entre cuatro, hacia el cementerio. De ese no se habla más. Y luego, los que fueron en contrarias direcciones, se hallan un día en la vida:

—Adiós.

—Adiós.

Al más dichoso le queda una duda:

—¿Nos conocimos?... Pero, ¿dónde? ¿Cómo?

¡Ah, sí!... ¡Fue en la escuela!

Y como en su rostro se reflejara una emoción pasajera, la dama que va a su lado —bien alimentada, esbelta, bella, traje fantástico— le pregunta mimosamente:

—¿Te molestó ese hombre, querido?

Él responde:

—¡Oh, no, mi vida! Solo me trajo un recuerdo...

Y sin decir más, siguen... hacia una diversión, hacia el hogar feliz.

El otro, desaliñado, envejecido antes de tiempo, murmura:

—¡Es don fulano!

Y también sigue, pero ¿hacia dónde?...

Me he desviado un poco de mi centro. Decía que no se debe perder la calma y trataré de conservarla. Allí viene el señor Andújar; le ofreceré un saludo amable. Este señor siempre me ha distinguido, porque es gran amigo de mi padre. Ya pasa rozándome... “¡Adiós!”, le he dicho con amabilidad.

Me ha mirado a través de los cristales de sus espejuelos y simplemente ha inclinado la cabeza con aparente dignidad.

¡Qué raro es esto! ¿Qué podrá ser? ¿Le habrá dicho mi padre que yo una vez...? Pero no lo creo, porque cualquier hijo dispone de unos cuantos pesos de su padre sin que esto sea motivo para merecer el

desprecio público, y sobre todo si el padre no es amigo de dar y uno lo ha hecho con la idea de comprarse un traje nuevo, prestarle algo a un amigo en apuros y asistir a una diversión. ¡Qué diablos! Esto es poca cosa.

Sin embargo, parece que le ha dicho algo, porque ese gesto no denuncia otra cosa. Estos señores son hartos sensibles con sus bolsillos.

Yo reconozco que los muchachos que como yo tienen pretensiones de escritores, poetas y cosas por el estilo, son mirados como verdaderas alimañas y arrojados por inútiles e ilusos.

¡Qué gente tan incomprensiva! Desistiré del señor Andújar.

Pero pensemos en el señor Méndez, en don Justo, en el señor Almánzar...

¡Ah, ah, querido! Ya verás que no te hallas tan solo en la tierra. Esos señores tienen hijos a quienes aman, esposas, queridas. Pagan sus cuotas en el club; están suscritos al *Listín Diario* y a *La Opinión*; satisfacen sus contribuciones al gobierno; son personas civilizadas que comprenden que la sociedad está integrada por elementos que no pueden vivir aislados entre sí, como decía mi profesor de octavo grado. Ellos saben que la perfección del funcionamiento de los organismos más complicados, se debe a la colaboración espontánea que existe entre todos sus miembros, y más aún, a la que existe entre las partículas vivas que forman los tejidos de esos miembros. ¡Gente así no me puede faltar! Voy decidido a emprender la agradable tarea de proporcionarles a mis semejantes una oportunidad de ser humanos, espléndidos, dando muestra de su comprensión...

Han pasado unas pocas horas —¡unas pocas horas nada más!— y cuán arrepentido estoy de haber pensado que estas gentes eran como me las imaginé.

Todo es diferente. Aquí solo hay... ¡Nada! Que las cosas no son como uno las piensa.

Y yo que creí... Pero solo una cocinerita me sonrió en una de las casas que visité. Los hijos de esos señores parecían engolfados en importantes lecturas, mientras yo conversaba con sus padres exponiéndoles mis sencillos planes de ayuda mutua. Ellos me prestarían dinero, yo trabajaría y les pagaría sus haberes; luego yo quedaría solo, encarrilado, dueño de mi destino.

Este sencillo plan reveló unas cuantas arrugas en las caras de algunas señoras esposas, y los demás..., ¡tan distraídos!

Y luego, las frases de don tal o don cual:

—Joven, yo lo lamento, pero no me es posible; reconozco sus buenas cualidades, pero usted comprenderá... Yo no puedo arriesgarme... Además...

Ya, cuando llegaban a esa parte, yo tenía el sombrero en las manos y me hallaba en disposición de marcharme.

¡Así es la vida!

En estos momentos me hallo en la parte alta de la ciudad. Al fondo se ven las inmensas chimeneas de las factorías del central azucarero. No despiden

humo. Parece que se caerán la una sobre la otra. Tan altas son que esta ilusión se produce constantemente.

La arboleda cubre las viviendas de ensueño del central. Allí mora gran número de empleados que ante mí se presentan como los seres más felices de la tierra. Tienen esposas, hijitos. Son jóvenes en su mayoría; viven en esas casitas tan lindas, todas pintadas de un mismo color, con sus jardinillos en frente, llenos de flores, de vida. ¡Y con su pan tan a la mano! Rinden sus tareas en los diversos departamentos de la compañía, y cuando terminan sus jornadas, vienen a sus casas, besan a sus jóvenes esposas, acarician a sus niños, toman el baño, y luego, ponen la radio a tocar y leen un periódico, un libro... ¡Eso es vivir feliz y humildemente!

Y seguiría soñando si no me atormentara tanto el estómago, pero... ¡Demonios! ¿Esto es lo que se llama hambre? Pues no tengo gusto en conocerla, señora. Mejor quisiera aquella maravillosa lámpara...

Pero ya vuelvo a soñar y esto no es conveniente.

Ahora recuerdo que me queda un amigo. Se trata de un buen hombre que fue peón de mi casa. Se llama Julio. Yo le defendí muchas veces, le traté mejor que los demás y hasta le regalé alguna moneda. Ahora tiene un ventorrillo; voy a ocuparle, pues por poca cosa que tenga un ventorrillo, allí se pueden hallar guineos, mangos y naranjas.

Cuatro zancadas y ya veo la casa. Me acerco fingiendo que paseo, tal como corresponde a una persona de mi condición. Llego a la puerta y me detengo.

—¡Oh, vale, Julio! —exclamo en tono amable.

—¿Qué tal, don Danielito? —me responde sonriendo—. ¡Dichoso lo s' ojo que lo ven!

Y al instante agrega solícito:

—Epere que le limpie esa caja, caramba. Nosotros semo probe, pero uté siempre aquí está bien llegao.

Ha dicho esto con tanta alegría, tan sencillamente, que me ha conmovido. ¡Si supiera este buen hombre que no he venido por él, sino por sus guineos!

—No se apure, vale. Yo no soy pretencioso.

Eso le digo, y luego, como quien acaba de comerse una gallina, pregunto:

—¿Y esos guineos?

Y él responde:

—Son como azúcar.

Y comienza a desprenderlos del racimo.

—Vaya probándolo —insinúa.

Me lanzo sobre ellos con tal avidez que me olvido de encubrir las apariencias y trago desesperadamente, como un loco.

—Dulces, vale Julio, dulces... —murmuro engullendo.

A poco estoy lleno hasta la nuez.

Ahora es lo serio. Tengo que simular. ¿Qué hacer? Me he creado una molesta situación. Pero logro dormir mis nervios y permanezco durante media hora comentando la sequía o cualquier tontería con el vale. Hasta que por fin llega el momento más oportuno para partir. Entonces me pongo de pies, me llevo una mano al bolsillo y exclamo:

—¡Ah! —y lo digo con aire de tonto—. Vale, Julio, olvidé la cartera... ¡Qué cosa!

—No se apure. No se apure —corta mi noble amigo—. Me lo paga luego. Eso no vale nada.

Y el buen hombre sonríe, sonríe.

—¡Diablos! ¿Por qué sonreirá así? ¿Sabrá el...?

No es del todo imposible. Las cosas se comentan mucho en un pueblo. No puedo soportar esta idea y me marcho cuanto antes, verdaderamente avergonzado.

La noche se me ha echado encima sin ninguna ceremonia. Hay en las calles una profusión de vehículos, gentes y polvo, que me hace daño. Creo que en el único sitio donde se puede estar más cómodo es en el parque principal del pueblo y camino hacia allá.

Las aceras desunidas, están salpicadas de vecinos que en chanclos y en mangas de camisa, leen los periódicos o comentan los chismes del día despreocupadamente, a la criolla usanza, mientras toman el fresco. Los muchachos juegan a la luz de las bombillas del alumbrado público.

A poco, la arboleda del parque se destaca a mi vista. Entre las ramas juguetean los rayos de la luz eléctrica. En los paseos se ven señoritas vestidas lo más elegantemente que les ha sido posible, luciendo sus encantos a los hombres del pueblo. En algún banco, una parejita integrada por los indefectibles él y ella, se enamoran como pichones. Él, casi abrazándola, le murmura cosas al oído. Ella, le oye como en un éxtasis y de rato en rato despierta riendo histéricamente. En otro banco, un grupo de contratistas,

colonos y otros individuos que viven del central, hablan de política internacional o criolla, de toneladas de caña, precios del azúcar, del poder de sus equipos de trabajo, integrados por bueyes, carretas y hombres. Por allá, unos muchachos vociferan y corren detrás de un loco mendigo. Suena monótonamente el timbre del cine que está frente al parque. Las muchachas vestidas de seda, siguen su paseo con aspecto de pavos reales. Algunos mocitos tímidos, siguen tras ellas a una distancia que les deje entrever sus intenciones, sin ocasionar protestas hipócritas. Las hembras se solazan y sus carnes jóvenes y mórbidas tiemblan oprimidas por los ceñidos trajes.

Yo, desde un banco los contemplo a todos, felices, despreocupados, seguros de que esta noche hallarán una buena cama donde dormir. Los veo. Ellos desfilan indiferentes ante mí, como si yo no existiera.

De momento aparece una figura que me es conocida y que cruza el parque a largos pasos. No me equivoco, se trata de mi padre, el señor Lope Comprés. Ya casi lo había olvidado, pero al verlo pasar como un extraño cerca de mí, me siento sublevado y apenas puedo contener el deseo de gritarle: “¿Qué has hecho? ¿Por qué me dejas así? ¡Debiste darme para el camino! Yo no estuviera en la tierra si no fuera por ti; y ahora me dejas solo, ¡solo!, sin profesión, sin oficio, ¡sin nada!” Pero reprimo ese deseo y a pesar de mi amargura no digo nada. El profundo conocimiento que sobre mi padre tengo, me ha cerrado la boca. ¿Qué ganaría con hablarle? Nada. El viejo tiene sus ideas; no entiende esas cosas. El hecho alarmante de haberle gastado algún dinero en ciertas ocasiones y el no menor de haberle reclama-

do mis derechos de hombre y de hijo delante de mi madrastra en momentos en que ella pretendía humillarme, le han vuelto contra mí; o eso ha servido de pretexto para que descubriese su deseo de echarme, porque adivino que en el fondo ya hacía tiempo que tenía su resolución hecha. Se mostraba desconfiado. Me consideraba un sujeto peligroso para sus intereses, y como es un hombre endurecido, jamás se ha explicado cómo a mi edad no vivo por mi cuenta.

Ahora recuerdo una historia —la suya— que me he contado más de cien veces.

Mi abuelo —su padre— no fue con él todo lo bueno que se debe ser con un hijo. Era hombre muy rudo, de campo, y desde pequeñín dedicó al hijo a faenas durísimas. Mi padre creció casi a la intemperie, perdido durante largos períodos en los montes, en cortes de madera, en conucos solitarios, abiertos en el corazón de montes inmensos. Los cortos días que pasaba bajo techo, era sufriendo el desagradable trato de una madrastra irascible. Y así, explotado, desconocido como ser humano, llegó a hombrecito. Fue entonces cuando el viejo le dijo:

—Amigo, ya lo he criado. Vaya ahora por ahí a ver cómo vive.

Eso ocurrió en un campo. El muchacho se fue cabizbajo, mochila al hombro, rencoroso, con ganas de incendiar la tierra. Luchó rudamente. Como tenía personalidad, se hizo dueño de una sección rural. Allí fue un verdadero cacique. No había moza que no se le entregara, porque además de buena presencia, buenos caballos y dinero, poseía esos arranques de macho ante los cuales se desmayan las hembras sin condición alguna.

Los hijos abundaron, pero ninguno vivió con él. Eran el producto de cualquier cópula salvaje bajo la lujuria de los montes.

Uno de esos hijos soy yo. Y ahora, al compararme con mis otros hermanos, y al recordar cómo mi padre fue criado y en qué forma vivió, comprendo que mucho ha hecho con darme comida hasta hoy.

Mi indignación se ha apagado ante la evidente razón.

De un vagón de los que emplea el central para el transporte de caña, he hecho mi dormitorio. Mi americana tendida en el piso, yo sobre ella, y sobre mí, el cielo estrellado.

Las horas van lentamente. El sueño se me ha fugado. Cerca, las grandes factorías muestran mil ojos sin luz, mientras las ranas croan, croan, croan...

De rato en rato, un sereno lanza al espacio el grito de su silbato. Ladra un perro. Canta un gallo. Silencio.